

BIBLIOGRAFIA

matrimoniales, no pueden dedicar demasiado tiempo al estudio.

PEDRO A. PERLADO

JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE, *El Concepto de Derecho en la doctrina española actual*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra S. A., 1967, vol. de 269 págs.

Las Publicaciones de la Facultad de Derecho de la Universidad de Navarra se han visto engrosadas con la aparición de una monografía de José Rodríguez Iturbe, actualmente profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad Central de Caracas. Hasta el momento Rodríguez Iturbe ha trabajado en temas de Filosofía del Derecho y de historia del Derecho venezolano.

La obra que tenemos a la vista está dividida en dos partes: «La primera es introductoria —son palabras del autor— y en ella, en forma sucinta, se habla de la problemática de la iusfilosofía; del papel que dentro de ella ocupa el tema del concepto de Derecho; y de la importancia del análisis de este punto en relación a la doctrina española. La segunda constituye la labor de análisis crítico de las concepciones escogidas. Es por lo tanto, la parte central y, simultáneamente, la más extensa de este trabajo» (p. 13). Las doctrinas sometidas a examen se consideran por el autor como típicas dentro de la doctrina española del momento; son las de D'Ors, Legaz y Lacambra, de Castro y Bravo, Guasp y Recasens Siches.

Parte el autor de considerar a la Filosofía del Derecho como una *rama de la ética especial*, destacando, sin embargo las notas que la distinguen de la ética especial considerada *in genere*. Como problemas fundamentales de la Filosofía del Derecho señala los referentes al concepto, fundamento y al método, destacando la íntima relación que existe entre todos y cada uno de estos aspectos. Al comenzar su planteamiento sobre el problema del concepto, dice que no es posible elaborar este *universal lógico limitativo* sin buscar previamente un anclaje sólido en una metafísica: «Así, el concepto de Derecho se nos presenta como *resultado* de una visión del mundo y de la vida, y constituye, simultáneamente, el *punto de partida* de toda elaboración doctrinal en torno al Derecho. Un sistema jurídico que no esté elaborado sobre un *previo* concepto del Derecho será un sistema flotante, endeble, carente de

solidez, plenamente vulnerable. Ahora bien, el hecho de que sea *previo* no implica que sea *a priori*. Por la vía del *a priori* se incurre ineludiblemente en un error idealista, por lo que se aspira a construir un concepto de Derecho por la simple fórmula de la delimitación de caracteres formales de lo jurídico. También hay que aclarar que la consideración de que es necesaria la previa posesión del concepto para la elaboración del sistema no involucra que esta problemática ontológica sea extrajurídica. Es necesario afirmar por el contrario que se encuentra en el propio umbral de lo jurídico y que la tentación del apriorismo se supera con la consideración del concepto como resultado, lo cual es fácilmente comprensible si se toma la iusfilosofía como filosofía especial y no como aplicada». (p. 31). Y con relación a la perspectiva crítica de la obra apunta: «Se aspira... a desentrañar y valorar dentro de cada concepción la significación del concepto de Derecho como *resultado*, a la vez que su proyección condicionante en el marco de los sistemas propuestos por los autores en cuestión, en base a la consideración del mismo como *punto de partida* de la construcción doctrinal jurídica». (p. 35).

Con respecto a la concepción de D'Ors de que el Derecho es «aquello que aprueban los jueces», y con respecto a las consecuencias ulteriores que se desprenden de dicha afirmación, señala: «El error estriba en atribuir la radicalidad de la constitución de una conducta en materia jurídica a la técnica de rectificación. La falta fundamental está en que una conducta es objeto de Derecho no por la técnica de rectificación, sino porque encierre en sí una relación de alteridad que reclama a la justicia como su objeto formal». (p. 59). En resumen, se pueden destacar como las dos perspectivas básicas que según el autor malogran la doctrina del insigne romanista español: 1) la ausencia de una ontología y 2) el doctrinarismo, en el sentido de construcción *a posteriori* dirigida a vestir de ropaje doctrinal-teórico una intuición primigenia, lo que deriva en simple construccionismo. (pp. 70-71). Sostiene Legaz que el Derecho es «un punto de vista sobre la justicia», y el autor señala que «El pensamiento de Legaz tiene la raíz de su fallo en considerar a la justicia como una forma lógica». (p. 125). Y agrega: «El lastre del idealismo filosófico y del formalismo jurídico, pesa aún mucho en el conjun-

to de su exposición en donde se revela indudablemente el espíritu ansioso de encontrar nuevos caminos.» (p. 125). Al comentar el concepto de De Castro y Bravo del Derecho como «reglamentación organizadora de una comunidad, legitimada por su armonía con el Derecho natural» afirma nuestro autor que «su enfoque nos satisface plenamente. Es por ello que nuestro análisis crítico podría resumirse en dos palabras: aceptación y alabanza.» (p. 134). Y más adelante apunta: «La concepción de De Castro se nos presenta... como uno de los enfoques más coherentes y realistas, encuadrado en el más puro iusnaturalismo.» (p. 155). Al estudiar la concepción *fatalista* de Guasp (= la ley jurídica no se distingue de la ley natural) apunta que «aspira a la sujeción del Derecho a un método que no es el suyo. La inexactitud en el campo del Derecho, más que a una consideración estricta de la realidad y a una no visión de la necesidad fatal de la ley jurídica, se debe fundamentalmente a la ausencia de una base sólidamente filosófica que ayude a buscar la esencia misma de la realidad jurídica, para que el esfuerzo no se agote en los prolegómenos de una auténtica gnoseología realista.» (p. 190). En el caso de Recasens Siches (el Derecho como vida humana objetivada) dice: «por muchas críticas que pudieran hacerse a la misma, su elaboración doctrinal se nos presenta cimentada en un apropiado conocimiento del Derecho y llena de maduración.» (p. 239). Destaca a lo largo de su examen cómo este autor cada vez se acerca más a una legítima perspectiva de cuño metafísico.

Apunta como conclusión que «no existe en el pensamiento jurídico español un planteamiento unitario sobre la problemática del concepto de Derecho.» (p. 243). «Ahora bien, por confesión de sus propios autores, como se ha visto, los planteamientos en cuestión aspiran a ser epifenómenos de una visión total del mundo y de la vida de raíz cristiana, a excepción del de Guasp que no se manifiesta en este sentido». Y termina: «Personalmente consideramos que dicha aspiración no es una realidad lograda. Sin embargo, dicho anhelo común permite contemplar en el seno mismo de las concepciones típicas aquellas dos características del pensamiento iusfilosófico de España, señaladas por Legaz hace ya varios años: a) Un intento de adecuación a la conciencia cristiana del mundo y de la vida; y b) un sentido profundamente existencia.» (p. 246).

Las apreciaciones del autor muestran como común denominador una perspectiva que *quiere ser tomista*, identificando esta noción con la de «filosofía cristiana», tarea esta que se hace posible (?) gracias a la previa declaración de los autores en cuestión de adecuarse a un «sentido» cristiano de la vida: sin embargo, esta es una perspectiva que hace quiebra en el caso de Guasp. Nos parece un poco unilateral y cerrada esa perspectiva unificadora de todos los enfoques críticos, no porque no nos encontremos de acuerdo con la mayor legitimidad del punto de partida gnoseológico con base al realismo metódico, y sus consecuencias metafísicas, sino porque en última instancia la elección de ese punto de partida presenta una dimensión eminentemente opcional como realidad humana vital de adhesión. Posiblemente hubiese resultado más adecuada la realización de una crítica como prolongación intrasistemática de cada uno de los sistemas, a partir de los respectivos conceptos de Derecho que se hacen manifiestos en cada uno de ellos. O, también, el simple cotejo —no por simple menos fructífero, como método crítico, en la tarea de la Filosofía del Derecho como quehacer compartido— de las opiniones y puntos de vista sobre dichos conceptos. De todos modos, dentro de las coordenadas que delimitan el presente trabajo, nos encontramos con una labor seria de análisis comparativo entre cada una de las doctrinas y la dimensión tomista tradicional: otra cosa es la identificación entre tomismo y «filosofía cristiana» —a pesar de las orientaciones de la «Aeterni Patris» dirigidas con un propósito muy particular y específico (y muchas veces mal entendidas)—; pero esta es una cuestión que no viene al caso analizar ahora, ya que viene tomada como punto de partida inicial, y como producto decantado de trabajos ajenos. Desde el punto de vista estilístico merece observarse la claridad, la amplitud —que en ningún momento impide la elegancia de los desarrollos— de todo el trabajo, y la exposición en ocasiones marcadamente reiterativa, que a pesar del carácter de estudio especializado, lo coloca dentro de una línea eminentemente pedagógica. La impresión, buena, con toda la sobriedad y elegancia propia de esta colección, aunque en ciertas oportunidades se han deslizado algunas erratas.

ALBERTO SERRANO P.